

A stylized, high-contrast illustration of Dolores Ibárruri in profile, facing left. She has short, dark hair and is wearing a dark jacket. The background is composed of various geometric shapes in shades of blue, yellow, and red. In the upper left corner, there is a circular emblem containing a red fist holding a hammer and sickle, set against a yellow background.

Mario Amorós

# ¡No, pasarán!

BIOGRAFÍA DE DOLORES IBÁRRURI, *PASIONARIA*

«Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren, por el fuego y el terror, sumir a la España democrática y popular en un infierno de terror. Pero no pasarán...». Aquel legendario llamamiento por radio del 19 de julio de 1936 convirtió a Dolores Ibárruri, a la sazón diputada del Frente Popular por Asturias, en el símbolo universal de la resistencia republicana frente al fascismo. Nacida en el corazón de la cuenca minera vizcaína y militante del Partido Comunista de España desde su fundación –ahora hace justo un siglo–, es en el crisol y la tragedia de la guerra civil cuando se forja el mito de Pasionaria.

Tras la amarga derrota de 1939 conocerá un largo exilio de cuatro décadas, principalmente en la Unión Soviética. Asume la secretaría general del PCE en plena guerra mundial, en la que su hijo Rubén, oficial del Ejército Rojo, muere en la batalla de Stalingrado. Retornada a España en 1977, la imagen de Dolores Ibárruri del brazo de Rafael Alberti, en el Congreso de los Diputados, constituye una de las estampas más icónicas de la Transición. Fallecida en Madrid el 12 de noviembre de 1989 –apenas tres días después de la caída del Muro de Berlín–, su vida es un hilo rojo que atraviesa todo el siglo XX.

A partir de una documentación excepcional y en buena parte inédita (como es el caso del archivo personal de Dolores Ibárruri), Mario Amorós ha escrito un relato biográfico riguroso y sobre todo necesario de una de las grandes figuras del movimiento obrero y comunista internacional, de una personalidad esencial para comprender la historia de la España contemporánea.

*A la memoria de mis tíos Thaelmann, Progreso y  
Pepe Luis Amorós Ribelles*

«Si hubieras podido oírla. [...] Las palabras surgían de su boca irradiando una luz que no es de este mundo. Su voz tenía el acento mismo de la verdad».

Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas*  
(1940)

«El nombre de Dolores Ibárruri es sufrimiento en la lucha, en la lucha dirigida a la destrucción del sufrimiento».

Serguéi Eisenstein (1945)

«Ella siempre será para mí –y pienso que para la Historia– la encarnación, en un episodio clave, de la mujer, de la madre del pueblo, de una patria en peligro y de la fe revolucionaria».

Pierre Vilar (1985)

## PRESENTACIÓN

### PASIONARIA EN LA HISTORIA

Madrid, sábado 18 de julio de 1936. La tarde anterior, en las principales guarniciones del Protectorado español de Marruecos había estallado la sublevación militar que, con el paso de las horas y los días, empezó a extenderse por el resto del territorio nacional, con resultado desigual. Inicialmente, el Gobierno presidido por Santiago Casares Quiroga intentó negar la importancia del golpe de Estado que, encabezado por los generales José Sanjurjo y Emilio Mola, pretendía liquidar las reformas democráticas del Frente Popular, vencedor en las elecciones del 16 de febrero de aquel año.

Por la noche, mientras la ciudad era un hervidero de rumores y noticias, Casares Quiroga ya había presentado la dimisión ante el presidente Manuel Azaña. Las más altas instituciones políticas de la República estaban paralizadas, sin capacidad de reacción, ante la mayor amenaza desde el 14 de abril de 1931. Mientras tanto, en su trayecto a bordo del *Dragon Rapide* de Canarias a Tetuán, el general Francisco Franco hacía escala en Casablanca y el general Gonzalo Queipo de Llano aseguraba, desde los micrófonos de Radio Sevilla, que las tropas de Mola y Saliquet avanzaban sobre Madrid y el levantamiento triunfaba prácticamente en todo el país.

El Ministerio de la Gobernación ordenó que los micrófonos de la emisora más importante de la capital, Unión Radio, se instalaran en sus dependencias de la vetusta Casa de Correos, en la Puerta del Sol. Sus locutores leyeron

no solo los comunicados gubernamentales, sino también un llamamiento de la Unión General de Trabajadores, una declaración conjunta del Partido Socialista y del Partido Comunista, una nota del comité local del Partido Obrero de Unificación Marxista o un mensaje de Ángel Pestaña, presidente del Partido Sindicalista. Incluso el vicesecretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo interpeló a la ciudadanía desde allí.

Aquella noche, la dirección del Partido Comunista de España estaba reunida en la sede de su Comité Central, sita en el número 4 de la céntrica calle Piamonte, contigua a la Casa del Pueblo socialista. En esas horas de incertidumbre, mientras Diego Martínez Barrio intentaba formar un nuevo gabinete que apaciguara a los sublevados, decidieron que fuera la diputada Dolores Ibárruri quien leyera un llamamiento del PCE a través de los micrófonos de Unión Radio. Se había cruzado ya la medianoche, se cumplían diez minutos del 19 de julio de 1936 cuando su voz salió al aire:

Trabajadores, antifascistas, pueblo laborioso:

Todos en pie, dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo. A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular, es conocida por todos la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias se sigue luchando con entusiasmo y coraje, unidos los trabajadores con las fuerzas leales a la República.

Al grito de «¡el fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de Octubre!», comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, soldados y todas aquellas fuerzas fieles a la voluntad del pueblo van destrozando a los traidores insurrectos que han arrastrado por el fango y la traición el honor militar de que tantas veces han hecho alarde...

Fueron las primeras palabras de un discurso inscrito en la Historia<sup>[1]</sup>. Un llamamiento que extendió una consigna, «¡No pasarán!» (utilizada por la propaganda del PCE des-

de 1934), que acertó a galvanizar la voluntad de resistencia del pueblo republicano frente al fascismo y en defensa de las libertades democráticas. Una consigna<sup>[2]</sup> que, a partir de la transformación del golpe de Estado en una guerra, convirtió a Dolores Ibárruri en símbolo universal del antifascismo, meses después de que Hitler hubiera ordenado la remilitarización de Renania y Mussolini ocupado Abisinia. La España republicana fue la primera que opuso resistencia al avance de la marea parda y en el crisol de aquella trágica epopeya se forjó el mito de *Pasionaria*<sup>[3]</sup>. «Vasca de generosos yacimientos: / encina, piedra, vida, hierba noble, / naciste para dar dirección a los vientos...», escribió Miguel Hernández en 1937 en su poema «Pasionaria».

\* \* \*

En Gallarta —el corazón de la cuenca minera vizcaína— y en el seno de una familia trabajadora, de ideas políticas muy conservadoras (carlistas) y religiosidad tradicional, nació en 1895 Dolores Ibárruri. Su infancia y adolescencia, que ocupan los pasajes más hermosos de su primer volumen autobiográfico, *El único camino*, fue un tiempo marcado por su fe católica y la vocación de formarse como maestra en Bilbao, que se vio frustrada. En cambio, tras cumplir los 15, durante dos años aprendió las tareas al uso en un taller de costura y con 17 empezó a trabajar como sirvienta para la familia propietaria de un café en la vecina localidad de La Arboleda.

Su matrimonio con el minero socialista Julián Ruiz, en febrero de 1916, cambió su vida, puesto que inició las primeras lecturas políticas y empezó a insertarse en el movimiento obrero. En 1917, tras la fallida huelga general de agosto y el triunfo de la Revolución en Rusia, ingresó en el PSOE, en el que permaneció hasta que la Agrupación Socialista de Somorrostro se unió en 1920 al largo proceso

de gestación del PCE, fundado en noviembre de 1921. Sus primeros años de activismo, con la singularidad de sus artículos en la prensa obrera socialista (tarea en la que en la Semana Santa de 1918 surgió el seudónimo de *Pasionaria*<sup>[4]</sup>), fueron también un periodo de miseria, privaciones y represión, el umbral de una década oscura en la que perdió a sus hijas Esther, Amagoia, Azucena y Eva.

Años de luto casi permanente, dolor profundo del que surgió su característica estampa, aquella figura corpulenta vestida siempre de negro. «Sus vestidos siempre fueron sencillos, nunca llevó nada que sobresaliera, que llamara la atención. Sus únicos adornos fueron el anillo de casada, unos pendientes negros de ágata con una perlita en el centro y, a veces, se ponía un pañuelo blanco y negro que ella misma se compraba o que le regalaban los amigos en sus cumpleaños», dejó dicho su hija Amaya (fallecida en diciembre de 2018) en sus memorias inéditas<sup>[5]</sup>. Ella mismo lo explicó al final de su vida con estas palabras: «Hijo, el negro es lo lógico para una persona de clase modesta como yo. Yendo de negro puedes ir decentemente a todas partes. ¿Cómo voy a salir yo a la calle vestida de rojo, como una bandera? El primer vestido negro me lo puse de jovencita porque se murió mi abuela. Después empecé a empalmar lutos y todavía no me lo he quitado»<sup>[6]</sup>.

Su «maternidad trágica», según el análisis de María José Capellín, es una de las claves permanentes de su discurso e incluso de su acción política, hasta el punto de que «fue capaz de arrebatarse el sagrado prestigio de la maternidad a la cultura católica», ha escrito Almudena Grandes, «para ponerlo al servicio del antifascismo»<sup>[7]</sup>.

Y su voz inolvidable, que se escuchó en los mítines comunistas por primera vez en los días previos a las decisivas elecciones municipales del 12 de abril de 1931. «Con su voz inconfundible, recia a veces, como los robles de Euskadi, que se transforma después en maternalmente acariciadora, esa voz que parece salir de los pozos mine-

ros y de las naves metalúrgicas, voz de madre amante que arrulla a su pequeño, voz que sabe expresar lo que sienten los trabajadores, lo que los pueblos llevan en el alma, Dolores arrebatada a las muchedumbres», escribió en 1964 Irene Falcón, su leal camarada y colaboradora durante décadas.

Desde 1933, aquella voz denunció el ascenso de la derecha autoritaria y del fascismo, desde fines de 1935 llamó a la formación del Frente Popular y a la defensa de su posterior triunfo en las urnas, replicó de manera brillante a José María Gil Robles en las Cortes el 16 de junio de 1936 y atronó en el Velódromo de Invierno parisino la noche del 3 de septiembre de aquel año para exigir al Gobierno galo que cumpliera sus compromisos con España y vendiera armas a la República para enfrentar a las tropas sublevadas, que ya recibían una ingente ayuda de las potencias fascistas.

«He visto hablar a Dolores en París y en Toulouse, en Estocolmo y Varsovia, en Oslo y en Praga y en Pekín, en Sofía y Budapest [...] Y al escucharla gentes de tan diversas latitudes, idiomas y temperamentos, se establecía siempre un nexo irrompible, una influencia mutua entre la oradora y los pueblos. He visto llorar no solo a mujeres, sino también a hombres maduros que no se avergonzaban de su emoción. Porque al aparecer *Pasionaria* en la tribuna, con su figura severa, ataviada de negro, su gesto de dolor, de pasión y de esperanza, aparece España, la España combatiente, heroica e insumisa...», añadió Irene Falcón<sup>[8]</sup>.

Ninguna mujer como ella (la española más conocida universalmente en el siglo XX según el profesor Kevin O'Donnell<sup>[9]</sup>) encarnó la militancia comunista. La vida de Dolores Ibárruri es un hilo rojo que atraviesa prácticamente todo el siglo pasado y principalmente aquel largo periodo examinado por Eric Hobsbawm en su obra canónica sobre «la era de los extremos», desde la Primera Guerra

Mundial y la Revolución rusa hasta la caída del Muro de Berlín y la posterior desaparición de la URSS<sup>[10]</sup>. «He nacido, he crecido y me he desarrollado políticamente al calor de la Revolución de Octubre y he visto en ella el camino, la meta, todo lo que aspirábamos en nuestra vida de explotados, en nuestra vida de miserias, en nuestra vida de privaciones y sufrimientos», expresó en la reunión del Comité Central del PCE que en septiembre de 1968 examinó la posición crítica adoptada ante la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia<sup>[11]</sup>.

Dolores Ibárruri perteneció a la primera generación de militantes comunistas, aquella que rompió con la socialdemocracia y el reformismo para volcarse en la construcción de un partido leninista capaz de replicar la experiencia bolchevique. Viajó por primera vez a Moscú en diciembre de 1933, formó parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista desde el verano de 1935 hasta su disolución en mayo de 1943, vivió la mayor parte de su exilio en la Unión Soviética, donde disfrutó de los privilegios de la élite política, y, al igual que el resto de dirigentes comunistas de los cinco continentes, rindió un culto casi religioso a Stalin hasta febrero de 1956, hasta las revelaciones de Jrushchov en el histórico XX Congreso del PCUS.

Si el comunismo fue la gran utopía política del siglo XX, si esta causa movilizó a millones de personas en la lucha por la democracia, la justicia social y la emancipación nacional y agrupó a una parte muy significativa de los grandes genios de las letras y las artes (Pablo Picasso, Diego Rivera, Pablo Neruda, Rafael Alberti, Fernand Léger, Paul Éluard, José Saramago...), ciertamente en su nombre también se cometieron crímenes abominables y se erigieron regímenes que negaron las libertades.

En el año en que se conmemora el centenario de la fundación del PCE, la biografía de Dolores Ibárruri evoca singularmente la contribución de los comunistas a la evolución democrática de España: la formación del Frente Po-

pular; la defensa de la República durante la guerra de 1936-1939; la contribución heroica de miles de sus militantes (al igual que otros miles de republicanos) a la derrota del nazismo; la lucha del movimiento guerrillero en los años 40; la abnegada y cotidiana dedicación de tantas y tantos comunistas a la resistencia y la lucha contra la dictadura franquista (a un precio en vidas, torturas, cárcel, sacrificios y sufrimiento que ninguna otra fuerza puede presentar); la aprobación de la Política de Reconciliación Nacional en 1956; la contribución principal a la gestación de las Comisiones Obreras, a la constitución del movimiento estudiantil democrático y de nuevos movimientos sociales como el asociacionismo vecinal; la confluencia con los sectores cristianos que rompieron con el nacionalcatolicismo y se comprometieron con los de abajo; el Pacto por la Libertad y la atracción de intelectuales, profesionales y sectores de las clases medias; o la participación destacada en el consenso de la Transición y el alumbramiento de la Constitución de 1978.

En los años 70, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, principalmente en Barcelona y su área metropolitana, y en buena parte de España el PCE llegaron a parecerse socialmente a aquel gran Partido Comunista Italiano (aunque quedarán muy lejos de igualar sus resultados electorales) que construyó «una red fatigosa pero viva que estructuró al pueblo de izquierda», como evocara Rossana Rossanda en sus memorias<sup>[12]</sup>.

Dolores Ibárruri partió al exilio el 6 de marzo de 1939 desde el aeródromo de Monóvar (Alicante) con 43 años. Volvió el 13 de mayo de 1977, con 81. De los 473 diputados de las Cortes de la II República, fue la única que regresó al hemiciclo de la Carrera de San Jerónimo. El 13 de julio de 1977, junto con Rafael Alberti (diputado comunista por Cádiz), ocupó la vicepresidencia de edad de la mesa de la sesión constitutiva. Imagen icónica de un tiempo his-

tórico decisivo, al igual que su saludo cordial al presidente Adolfo Suárez aquel mismo día.

Es una contribución que ha sido insuficientemente reconocida, más aún hoy cuando la renacida ultraderecha (con sus ruidosos altavoces mediáticos y su eco en las redes sociales) se atreve a insultar esta memoria y esta historia. Esa derecha extrema que considera que España les pertenece, que desconoce aquel patriotismo popular que floreció entre 1936 y 1939 para denunciar la agresión de las potencias fascistas e ignora el profundo sentimiento con el que, durante su largo exilio, *Pasionaria* se refirió siempre a España, como lo hiciera, por ejemplo, en el invierno de 1956 en una reunión del Buró Político del PCE en Moscú: «A lo que no renunciamos es al orgullo de lo que España ha aportado a la civilización universal; al orgullo de las tradiciones progresivas y combativas de nuestro pueblo; al orgullo de nuestro pueblo mismo, que, a pesar de todas las vicisitudes de su historia, se ha levantado siempre renovado y engrandecido y dispuesto de nuevo al combate»<sup>[13]</sup>.

Dolores Ibárruri fue (y es) una mujer «vilipendiada, odiada, admirada, venerada...», escribió Montserrat Roig en los últimos días de 1979<sup>[14]</sup>. Francisco Umbral la denominó «la Dama de Elche del comunismo español»<sup>[15]</sup>. Eduardo Haro Tecglen dijo de ella que era «un símbolo» de las luchas de resistencia popular<sup>[16]</sup>. A lo largo de su vida, su personalidad y su figura fascinaron a personas de diferentes ideologías y países, hasta el punto de que en julio de 1981 Manuel Vicent le relató que, dos meses antes, el presidente del Banco de Nevada, un ciudadano norteamericano de 80 años, le había confesado en Nueva York que «lo daría todo por conocerla, que cogería el avión mañana mismo si se dignara a darle audiencia». «Dígale que venga ya», le respondió ella<sup>[17]</sup>...

La derecha más extrema la odió (y la odia<sup>[18]</sup>) porque se atrevió a abrazar la causa revolucionaria y antifascista,

porque rompió el corsé tradicional que encerraba a la mujer en el hogar, privada de los derechos ciudadanos e incluso de la palabra en el espacio público, relegada a un lugar subalterno en la sociedad, condenada al silencio y la resignación, al olor de incienso y sacristía. Desde 1932, organizó la Comisión Femenina del PCE, en 1934 promovió la fundación del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que durante la guerra se transformó en la Agrupación de Mujeres Antifascistas, y desde 1945 fue la vicepresidenta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Defendió siempre, con su ejemplo, la participación de las mujeres en las luchas y el reconocimiento de la igualdad de derechos en el plano político, social y económico. Ella, la primera o una de las primeras mujeres que dirigió un partido político en el mundo, fue feminista en su tiempo histórico, aunque desde una perspectiva ortodoxa negara este término<sup>[19]</sup>.

«Ser comunista [...] no significa solo defender en primer lugar los intereses de la clase obrera y de los campesinos. Significa defender los derechos y los intereses de todos los trabajadores, de todas las víctimas de la opresión capitalista; significa luchar por los derechos y la igualdad social de la mujer y contra las trabas feudales y prejuicios peligrosos que han hecho de la mujer a través de los siglos no solo la esclava de la sociedad, sino la esclava del egoísmo de los hombres», expresó en junio de 1947 durante una reunión de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas en París<sup>[20]</sup>.

\* \* \*

Como puede apreciarse en el capítulo final de fuentes primarias y bibliografía, se han publicado numerosos trabajos sobre Dolores Ibárruri, entre los que destacan las obras de Rafael Cruz y Juan Avilés, el ensayo de Manuel

Vázquez Montalbán y los perfiles trazados por Paul Preston y Fernando Hernández Sánchez.

Esta es la primera biografía que se apoya en una revisión exhaustiva de la prensa comunista (las colecciones completas de *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera* hasta 1978, por ejemplo, numerosas referencias de *L'Humanité* y también algunas de *L'Unità*), de la ingente documentación del Archivo Histórico del PCE<sup>[21]</sup> y de una amplísima bibliografía y, además, del archivo privado de Dolores Ibárruri, que conserva su nieta, Dolores Ruiz-Ibárruri Sergueyeva. Este acervo documental ocupa más de 150 cajas, con decenas de miles de páginas bien clasificadas: correspondencia, artículos de prensa, discursos, folletos en varios idiomas, documentación y objetos personales, notas manuscritas, centenares de fotografías... Un verdadero tesoro para el historiador, inexplorado de manera minuciosa hasta ahora. Asimismo, he podido consultar y citar las memorias inéditas de su hija Amaya.

Durante décadas, la historia del comunismo español fue prisionera tanto de la propaganda anticomunista de la Guerra Fría y de obras carentes de aparato crítico y trabajo con lo que el profesor Ángel Viñas denomina la «evidencia primaria relevante de época»<sup>[22]</sup> (la documentación de los archivos), como de la tentación hagiográfica o la construcción de relatos oficiales, muy disminuida ciertamente desde que el PCE abrió su archivo histórico a los investigadores ya en 1980. Así lo examinaron David Ginard a mediados de los años 90 y Francisco Erice a principios de este siglo<sup>[23]</sup>.

Desde entonces se ha avanzado de manera incontestable hacia la normalización historiográfica, puesto que historiadores como Fernando Hernández Sánchez, José Luis Martín Ramos, Francisco Erice, Carlos Fernández Rodríguez, Alejandro Sánchez Moreno, David Ginard, Juan Andrade, Rubén Vega, Carme Molinero y Pere Ysàs, Giaime Pala, Emanuele Treglia, Xavier Domènech, Luis Zaragoza

Fernández o Josep Puigsech Farràs han renovado el estudio del comunismo español con investigaciones monográficas sobre el PCE y el PSUC, a las que se suman las valiosas aportaciones de Ángel Viñas en su imprescindible tetralogía sobre la República en guerra y también los trabajos anteriores de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Rafael Cruz o Manuel Tuñón de Lara.

Asimismo, es muy meritorio el esfuerzo científico promovido por la Fundación de Investigaciones Marxistas, que desde 2004 ha organizado dos congresos de historia del PCE, varios seminarios sobre aspectos específicos de su evolución y, desde 2016, publica una revista de gran calidad: *Nuestra Historia*<sup>[24]</sup>. La labor de historiadores como Sergio Gálvez Biesca, Manuel Bueno Lluch o José Hinojosa es verdaderamente encomiable.

Esta biografía aspira a insertarse en esta línea de trabajo.

\* \* \*

La hija de Antonio «el Artillero» y de Juliana descansa eternamente en el Cementerio Civil de Madrid, al lado del lugar donde reposa Pablo Iglesias. Su nieto Rubén ha fallecido en junio de este año en Moscú, donde viven su nieto Fiódor, sus dos bisnietos, Estanislao y Antón, y su tataranieto, Alexéi, de 3 años. Su nieta Dolores, a quien afectuosamente llamaba Lola, reside principalmente en Madrid.

«En este siglo todos los caminos conducen al comunismo», expresó en julio de 1956<sup>[25]</sup>. Se equivocó en aquella afirmación quien dedicó su vida a «la más grande de las causas, la causa de la paz y la amistad entre los pueblos, la causa de la liberación de la humanidad», según definió el 14 de septiembre de 1952<sup>[26]</sup>. Días antes de su funeral, al que asistieron cerca de doscientas mil personas, caía el Muro de Berlín. Dos años después, la Unión Soviética, por la que su hijo Rubén ofrendó la vida heroicamente en los